

La formación moral en la familia

Malva Villalón Bravo

* Psicóloga, Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctor en Psicología, Universidad de Barcelona, España. Docente de la Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

La novela póstuma de Albert Camus, El Primer Hombre, es el marco de referencia personal a partir del cual se presentan algunos aspectos fundamentales de la vida familiar, definida como un contexto primario del desarrollo humano. Estos aspectos se analizan desde la perspectiva de su influencia en la formación de valores, destacando la importancia de los vínculos afectivos entre padres e hijos para el desarrollo de una comprensión del sentido de las normas morales, el funcionamiento de la familia como un sistema de relaciones interpersonales y la participación activa y compartida de los padres y los hijos en el proceso de formación moral.

The last novel from Albert Camus, The First Man, is the personal framework selected for analyzing some fundamental aspects of the family life, conceived as a primary context of human development. This analysis includes the role of the emotional links between parents and children as a fundamental basis for developing an understanding of moral principles; the family influence on moral development as an interpersonal system and the shared and active participation of parents and children in this process.

“Un niño no es nada por sí mismo, son sus padres quienes lo representan. Por ellos se define, por ellos es definido a los ojos del mundo”.

(Albert Camus, *El Primer Hombre*, p. 175).

1. Desarrollo personal y vida familiar: un testimonio

De una manera lúcida y directa, el escritor Albert Camus expresa la relación existente entre cada ser humano y su familia, entre la propia identidad y la incorporación de cada individuo a la vida social.

El *Primer Hombre* es la obra en la que Albert Camus trabajaba cuando falleció en un accidente automovilístico, a los cuarenta y siete años, poco después de señalar a un periodista que su obra aún no había comenzado y tres años después de recibir el Premio Nobel. La novela es un testimonio personal, construido a partir de los recuerdos de su infancia y de una serie de visitas en las que el hijo adulto intenta reencontrarse con la figura de su padre, muerto en la guerra antes de que él cumpliera los dos años de edad. La siguiente nota, tomada del cuaderno que contenía algunas ideas y apuntes para el desarrollo de la obra, puede ayudar a comprender el que es quizás el motivo fundamental para emprender esta tarea: “A los cuarenta años reconoce que necesita alguien que le señale el camino y lo repruebe o lo elogie: un padre. La autoridad y no el poder” (*El Primer Hombre*, notas y proyectos, p. 264). Esta búsqueda del padre es, al mismo tiempo, la búsqueda de sí mismo: “lo que ávidamente había tratado de conocer a través de los libros y de los seres, tenía que ver con ese muerto, ese padre más joven, con todo lo que éste había sido...” (p. 32). El cariño silencioso de la madre viuda, que “se ocupa de las casas de los otros” (p. 175), para poder mantener a sus hijos, la autoridad férrea de la abuela que preside y organiza la precaria existencia de una familia de emigrantes pobres; el apoyo decidido de su profesor de escuela para hacer que continuara sus estudios en el liceo; contribuyen a hacer al hombre que

ahora reconstruye su historia y que, sin embargo, siente que ha crecido solo, a causa de la ausencia del padre, “sin haber conocido nunca esos momentos en que el padre llama al hijo cuando éste ha llegado a la edad de escuchar, para confiarle el secreto de la familia, o una antigua pena, o la experiencia de su vida...(p.168).

2. La formación de valores en la familia

El testimonio de Camus constituye una perspectiva privilegiada para abordar el tema de la formación de valores en la familia. La cita con la que se ha iniciado este escrito, pone de relieve la importancia de la familia como “un contexto de desarrollo primario”, en el que el niño adquiere conocimientos y destrezas fundamentales, en un proceso de participación guiado por adultos significativos, “con los cuales ha establecido una relación emocional positiva”(Bronfenbrenner, 1979, p. 45).

El desarrollo y la identidad personal se construyen a través de la convivencia familiar de tal modo, que el adulto no se comprende del todo a sí mismo, ni se da a conocer plenamente a los demás, sin una referencia a este contexto afectivo básico. En este caso, la ausencia del padre es una presencia permanente y dolorosa que atraviesa y da sentido a la obra. Como contraparte, el amor de la madre ilumina y da calidez a la vida difícil de un niño pobre. A ella está dedicada la obra del hijo, a pesar de que su analfabetismo no le permitirá leerla. Pero esto no es lo más importante, ya que su hijo siente que aunque ella “no conoce la vida de Cristo, salvo en la cruz... ¿quién está más cerca de él?” (Camus, p. 269).

Por otra parte, la muerte del padre afecta no sólo al hijo sino a todo el grupo familiar, al imponerles una permanencia definitiva en la casa de la abuela materna, para poder subsistir, y forzar a la madre a trabajar para mantener a sus hijos. A través del relato, el contexto familiar aparece como un sistema de relaciones interpersonales, que no puede ser reducido a una suma de las relaciones duales que se dan entre sus miembros: entre la madre y el hijo, la abuela y el nieto o los hermanos entre sí. La importancia de la experiencia familiar en el de-

sarrollo humano se muestra en toda su complejidad y riqueza, como un entorno en el que cada factor está integrado al conjunto, sostenido y modificado por los demás. Como ha señalado Bronfenbrenner (1979) la primacía del estudio de los procesos bipersonales en la evolución de la conducta infantil impone severas limitaciones al conocimiento disponible acerca del desarrollo humano, tanto a nivel descriptivo como explicativo. Así, en lo fundamental, la información generada por las investigaciones está limitada al intercambio que ocurre en relaciones diádicas y no se dispone de un conocimiento suficiente acerca de “las condiciones ecológicas que soportan, estimulan o entorpecen la actuación de esos procesos” (p. 46). Actualmente se dispone de un conjunto significativo de datos empíricos que permiten describir y explicar el funcionamiento de la familia como un sistema social, pero aún no existe un cuerpo suficiente ni integrado de conocimientos en este sentido ni las herramientas metodológicas apropiadas para lograrlo (Rogoff, 1990).

Otro aspecto relevante del desarrollo infantil que la obra destaca, es la comprensión de la importancia de la relación de autoridad en la vida familiar y más aún, el carácter moral de esta relación, que permite al individuo en desarrollo formar su propia jerarquía de valores. La distinción explícita que hace el autor entre la autoridad y el poder enfatiza el carácter fundamental de la relación entre los padres y los hijos, una autoridad que se apoya en el saber y no en la imposición de la fuerza, en el traspaso afectuoso y no exento de orgullo, de las destrezas y conocimientos desarrollados por los adultos a sus hijos. En la conceptualización del desarrollo moral, se ha enfatizado el sometimiento heterónomo del niño a las órdenes de los adultos (Piaget, 1932; Kohlberg, 1975), aceptadas por los premios y castigos a los que se asocia la obediencia o la desobediencia, sin una verdadera comprensión del sentido de estas normas. Esta concepción no toma en cuenta, sin embargo, las características fundamentales del proceso de mediación a través del cual se realiza el proceso educativo. Este es un proceso en el cual tanto el que enseña como el que aprende contribuyen de una manera activa, en la construcción de significados compartidos (Rogoff, 1990). Desde esta perspectiva, cobra sentido el dolor del

hijo que no tuvo la experiencia de ser guiado por su padre en el largo proceso de convertirse en adulto.

Esta tarea es cumplida, sin embargo, por quienes cuidan de él. Más que a través de un discurso explícito, a través de sus actitudes y de la estricta disciplina que impone la abuela, tanto a sus hijos como a sus nietos. Así, el sentimiento de haber crecido solo se contradice con el testimonio de la influencia decisiva de la familia en su desarrollo. Nuevamente aparece, en este sentido, la complejidad de las relaciones interpersonales y la dificultad de tipificarlas. El autoritarismo de la abuela resulta difícil de aceptar desde la perspectiva del niño, pero es ella también la que accede a que continúe estudiando, aunque las razones que le da el profesor le resulten incomprensibles. Por otra parte, se percibe la importancia de esta actitud desesperada de la abuela, como la estrategia de supervivencia que le permite sacar adelante al grupo familiar, reuniendo y administrando sus exiguos ingresos. Sus demandas y su mezquindad resultan entonces una forma de amor a los suyos, que su nieto no deja de reconocer y que marca profundamente su propio desarrollo. Resulta difícil no establecer una relación entre esta figura y la austeridad y el orgullo que el autor reconoce en sí mismo.

Estos aspectos de la vida familiar, que se han destacado dentro de la obra de Camus, serán desarrollados a continuación, desde la perspectiva de su contribución a la formación moral, sin pretender realizar una revisión exhaustiva del tema sino, más bien, con el propósito de contribuir a la reflexión acerca de los aspectos que hacen de la familia un contexto educativo básico para el desarrollo de los valores, en una sociedad que reconoce la urgencia de esta tarea educativa.

3. El papel del afecto en el desarrollo moral

Los vínculos afectivos que el niño establece durante sus primeros años de vida son una de las bases más sólidas de su desarrollo, no solamente en el área social. El desarrollo moral, plantea Lickona (1983), como todas las otras formas de desarrollo humano, se inicia en el amor.

A través de los lazos de afecto que establecen con los adultos, los niños desarrollan la empatía y la capacidad de preocuparse efectivamente de los demás. Como señala López (1990), estos rasgos no sólo son en sí mismos una forma de unión a otras personas, sino que mediatizan todo el desarrollo social, que incluye la formación de destrezas interpersonales, valores morales y costumbres propias de la cultura.

La formación de valores implica un progresivo conocimiento de las normas que regulan la vida humana y una comprensión de los principios que les dan sentido, así como un compromiso afectivo con su realización y una capacidad de ponerlas en práctica a través de la propia conducta. Desde su nacimiento, los niños presentan una sensibilidad y una orientación preferente hacia las personas, que se manifiesta en conductas que intentan conseguir o mantener la proximidad de quienes lo cuidan, manifestaciones afectivas y cognitivas que muestran una actitud activa en este sentido. Esta capacidad abre un ámbito privilegiado para el establecimiento de una interacción que tendrá una influencia decisiva en el desarrollo de las capacidades humanas. El organismo biológico aporta las condiciones para el inicio de una comunicación y una cooperación con los adultos que le permite adquirir las destrezas humanas fundamentales y desarrollar un sentido de sí mismo.

Si las condiciones de crianza infantil no permiten el establecimiento esta relación de afecto estable y positiva con los adultos que lo rodean, el desarrollo del niño resulta severamente afectado en todas las áreas, incluso en el ámbito biológico, aunque sus necesidades físicas hayan sido satisfechas. En el desarrollo moral, estas deficiencias se manifiestan en una severa falta de control de los impulsos, una carencia de normas morales, tanto en el plano cognitivo como afectivo, que se expresa en una conducta psicopática, de indiferencia hacia los demás o en una actitud abiertamente agresiva y violenta. Estos rasgos se acompañan de una pobre imagen de sí mismo y una falta de aprecio, que suele manifestarse a través de conductas autodestructivas y negligencia en el cuidado personal (Lickona, 1983).

Si bien estos casos ocurren en condiciones dramáticas de abandono o rechazo durante la infancia, es posible afirmar que en la sociedad contemporánea no existe un convencimiento de la responsabilidad que éstos les cabe en el proceso de desarrollo de sus hijos. Los estudios realizados por Kaye (1982), de las interacciones de los padres y sus hijos durante sus primeros dos años de vida, lo llevaron a reunir sus resultados en un libro que lleva por título: *La Vida Mental y Social del Bebé: Cómo los padres crean personas*, destacando la importancia crucial que este proceso compartido tiene en el desarrollo humano pleno.

Las interacciones entre adultos y niños se caracterizan por la asimetría en las contribuciones de ambos, especialmente durante los primeros años de vida, ya que son los adultos quienes se encargan de iniciar y mantener la actividad compartida, dando un sentido y un significado a las contribuciones de los niños. A través del desarrollo, los niños van asumiendo una mayor responsabilidad en este sentido, haciendo suyos los modelos y las orientaciones recibidas. Así, a los adultos les corresponde establecer las condiciones para el desarrollo de un vínculo afectivo positivo. Entre estas condiciones, se ha destacado la importancia de las siguientes (López, 1990):

– La cantidad de contacto entre ambos. Esto implica un tiempo compartido en el cual sea posible establecer un contacto físico y psicológico amplio y diverso, durante la resolución de tareas y el descanso compartidos. El desarrollo moral no ocurre a través de la imposición de un conjunto de reglas por parte de los adultos, sino de la experiencia compartida de su puesta en práctica en la vida cotidiana, con un sentido explícito de lograr a través de ellas un crecimiento personal y una mejor convivencia.

– La calidad de la interacción, determinada por el tono afectivo y la disposición personal al encuentro con el otro. Una actitud negativa, ambivalente o de rechazo de parte del adulto bloquea la comunicación y no permite establecer un marco de sentido para la actividad infantil ni un ritmo en la interacción que facilite los aprendizajes significativos. En el plano moral, una interacción de calidad está determinada

por el grado de consistencia de las normas de conducta planteadas y por su relación de sentido con el propio desarrollo y el de los demás.

– La accesibilidad y la disponibilidad personales son condiciones básicas para el desarrollo de un vínculo de afecto. Una figura que no logra ajustarse a los ritmos del niño, no llega a constituirse en un apoyo efectivo para su desarrollo, estableciéndose una relación de interferencia y no de cooperación entre ambos, lo que no contribuye a la aceptación de las normas y a su comprensión.

– Exclusividad y permanencia en el tiempo: en la medida que son los adultos quienes dan significado y sentido a las intervenciones de los niños, es fundamental que esta relación sea personal y permanente, entre un adulto y un niño específicos. Los padres están en una situación privilegiada para cumplir esta condición, que da continuidad a la experiencia infantil y favorece la formación de hábitos.

– Incondicionalidad: la confianza en sí mismo y en el otro que caracteriza el establecimiento de esta relación, se construye sobre la base de un aprecio que no depende de las cualidades o de los comportamientos específicos del niño, lo que constituye una base para el desarrollo de la autoestima. La relación entre los padres y los hijos tiene esta condición del apego como un fundamento natural, lo que no ocurre en otro tipo de interacciones entre adultos y niños.

Estas condiciones han sido estudiadas fundamentalmente en relación a la primera infancia, pero se ha comprobado que su influencia se mantiene a través de todas las etapas del desarrollo y que las figuras de apego son importantes durante toda la vida. El estudio del desarrollo moral de un grupo de jóvenes universitarios chilenos (De Castro, Aragonese y Villalón, 1995), permitió comprobar la importancia que la vida familiar puede alcanzar en la práctica de los valores morales. La colaboración en las tareas familiares, la comunicación y el compartir con sus padres, hermanos y parientes cercanos aparecen como actividades fundamentales en la vida de los jóvenes, como instancias de convivencia orientadas por valores como la responsabilidad y el servicio. Este estudio pone de relieve también la importancia del sistema familiar en la formación de valores.

4. La familia como un sistema social

Las relaciones de los niños con la familia no son la suma de las relaciones duales que se dan dentro del grupo, sino que forman parte de un sistema de complejas interacciones en las que todos los miembros se afectan mutuamente, de manera directa e indirecta. Así, las relaciones entre los padres afectan la relación de la madre con sus hijos y las relaciones entre éstos influyen en la relación de pareja. También participan en este sistema los abuelos, los tíos y primos con los que se relaciona la familia, habiéndose comprobado que la integración de los niños dentro de este contexto familiar más amplio contribuye positivamente a su desarrollo, aportando más recursos educativos y facilitando la inserción social.

También el sistema familiar permite el establecimiento de múltiples vínculos afectivos entre niños y adultos: el padre, la madre, los hermanos mayores, tíos, abuelos etc. lo que enriquece el contexto afectivo y amplía las instancias de aprendizaje y práctica de habilidades de los niños, siempre que exista una coherencia en las pautas educativas propuestas y una relación de respeto y afecto entre los adultos que integran el sistema familiar.

La existencia de dificultades interpersonales entre los padres suelen contribuir a que uno o ambos padres tomen la determinación de separarse, como la única alternativa de solución posible a estos problemas, permitiendo mantener una relación positiva con sus hijos. Las consecuencias de esta decisión no suelen ajustarse a estas expectativas, ya que los conflictos entre los padres aumentan en cantidad e intensidad, después de la separación y se trasladan al plano de la relación parental, convirtiéndose los niños en protagonistas de una situación de conflicto que se prolonga en el tiempo, a través de problemas como la determinación del sistema de visitas y los montos de la asignación económica. En estas circunstancias, es frecuente que la separación de la pareja implique un progresivo distanciamiento entre el padre que se aleja del hogar y sus hijos (Bernales, 1995).

Los niños sufren las consecuencias negativas de una situación, que afecta profundamente el contexto afectivo, social y moral en el cual su

experiencia adquiere sentido y significado. Como se ha señalado en otro artículo (Villalón, en prensa), la separación lleva a un descuido de los hábitos familiares así como una pérdida de la consistencia en la aplicación de estrategias disciplinarias y de la disponibilidad de los padres para crear y mantener interacciones positivas con sus hijos. Los cambios de humor de los padres en estas circunstancias, sus sentimientos de fracaso y frustración son asumidos por sus hijos, que se sienten culpables de esta ruptura.

Por otra parte, el alejamiento de uno de los padres implica una reorganización de los roles al interior de la familia, que afecta a todo el grupo, existiendo aspectos que no pueden ser compensados. Se ha comprobado, por ejemplo, que las madres separadas suelen recurrir a métodos autoritarios para intentar controlar a sus hijos varones, pero que los aplican de una manera inconsistente y poco efectiva, lo que aumenta las reacciones agresivas y la desobediencia de los niños y provoca sentimientos de ansiedad e incompetencia en las madres, fracasándose en el intento de restablecer el equilibrio logrado previamente en este plano (Hoffman, Paris y Hall, 1994). La reorganización de roles dentro del sistema familiar suele implicar una búsqueda de apoyo afectivo en los hijos, especialmente el primogénito, lo que lleva a la desaparición de los límites intergeneracionales entre padres e hijos, una situación que es ciertamente negativa para su desarrollo (Reinoso y Serrat, 1992).

La desintegración de este contexto básico del desarrollo afecta de manera diferente y en diferente grado a los hijos, dependiendo de sus características personales, el sexo, la posición entre los hermanos, la edad en que se produce la separación y la historia familiar; sin embargo, prácticamente en todos los casos, se producen trastornos en el área emocional, social y moral, que afectan, en mayor o menor grado, el desarrollo de los niños y los jóvenes, tanto durante el período crítico de la separación como en etapas posteriores (Palacios, 1990).

Estos antecedentes ponen de relieve la importancia del sistema familiar en el desarrollo infantil, en el cual ambos padres comparten la tarea de educar a sus hijos, en gran medida, a través de su propia relación de pareja.

5. La formación de valores como un proceso de participación guiada

Desde los primeros días de vida, es posible observar en el niño, la existencia de una orientación y una sensibilidad hacia el desarrollo de un sentido moral, en la búsqueda de un contacto afectivo con quienes lo rodean, en el fácil contagio de los sentimientos de los demás, en el rápido ajuste de sus ritmos biológicos y expectativas a los hábitos culturales. Su participación en la vida social no es, en absoluto, pasiva y el logro de una mayor autonomía aumenta su capacidad para desempeñar un papel cada vez más activo en las relaciones interpersonales y en el manejo de las reglas sociales. Kagan (1984), ha comprobado que alrededor de los dieciocho meses, los niños comienzan a demostrar un cierto grado de conciencia y preocupación por el cumplimiento de estas reglas, señalando los objetos rotos, la ropa desgarrada o los botones que faltan en una camisa, expresando preocupación en su rostro y en su voz ante estas situaciones. Esta reacción no se produce frente a cualquier alteración de lo habitual, sino específicamente a aquellas que resultan de una conducta que el niño considera inadecuada o negativa.

Un hecho fundamental de destacar en esta conducta, es que ella es dirigida hacia su madre y que, frecuentemente se acompaña de una petición de reparación del daño observado. Estas observaciones ponen de relieve el papel del entorno social en el desarrollo de un sentido del bien y especialmente la importancia de los adultos más significativos para el niño en este proceso de desarrollo. También muestran que éste asume un papel activo en su propia formación.

El estudio del proceso de internalización de valores durante la infancia (Villalón,1987), muestra un progreso en la capacidad de ajustar la propia conducta a determinadas normas, que se manifiesta no solamente en relación a las imposiciones de los adultos sino en la organización espontánea de las actividades entre los pares, especialmente en el juego. La invención de reglas y su justificación se extiende también a sus relaciones con los adultos, evidenciando una creciente capacidad de comprensión y valoración de su importancia para la convivencia y el propio desarrollo.

Rogoff (1990) ha reunido una serie de estudios que muestran que los niños son realmente activos en la solicitud de apoyo a los adultos para resolver los problemas que enfrentan. Sus preguntas, sus sugerencias e incluso sus actuaciones son formas de estructurar su propio aprendizaje, orientando y ajustando las intervenciones de los adultos a su propio nivel de comprensión. Como se ha señalado previamente, estas investigaciones ponen en tela de juicio la concepción del desarrollo moral infantil como un sometimiento heterónimo a las exigencias de los adultos, mostrando el interés de los niños por incorporarse a la vida social, participando activamente en el establecimiento y la mantención de las normas que regulan la convivencia.

Diversos autores han mostrado que desde la edad pre-escolar los niños son capaces de distinguir entre una situación determinada por una convención social y una situación en la que está en juego un valor moral, reconociendo la importancia de la realización del bien para el cuidado de las personas (Damon, 1977). Esta capacidad de comprensión y adhesión afectiva a los valores morales, aún incipiente, muestra la significación de la moralidad en el desarrollo y la necesidad de que los adultos actúen como guías efectivos de este proceso, a través de una convivencia fundamentada en la práctica y la comprensión compartida de los valores.

El caso de Albert Camus al que se ha hecho referencia al inicio del artículo plantea una experiencia particularmente reveladora de la importancia de la familia en el desarrollo del sentido ético.

Referencias bibliográficas

- BERNALES, S. (1995). Reflexiones sobre la separación matrimonial y las familias. En: *De Familias y Terapias*, Año 3, n° 5, pp. 33-43.
- BRONFENBRENNER, U. (1985). Contextos de crianza del niño. Problema y prospectiva. En: *Infancia y Aprendizaje* 29, pp. 45-55 (edición original en inglés, 1979).
- CAMUS, A. (1994). *El Primer Hombre*, Barcelona, Tusquets Editores (edición original en francés, 1994).
- DAMON, W. (1977). *The Social World of the Child*, San Francisco: Jossey-Bass Publishers.
- DE CASTRO, J.; ARAGONESES J. y VILLALON, M. (1995). La Formación de los Valores de la Verdad y el Servicio en la Universidad. Informe final de investigación, no publicado.
- HOFFMAN, L.; PARIS, S. y HALL, E. (1994). *Developmental Psychology Today*, New York: Ed. Mac Graw Hill.
- KAGAN, J. (1984). *The Nature of the Child* New York: Basic Books.
- KAYE, K. (1986). *La Vida Mental y Social del Bebé*, Barcelona: Ed. Paidós (edición original en inglés, 1982).
- KOHLBERG, L. (1973). *Collected Papers on Moral Development and Moral Education*, Harvard University Center for Moral Education, Cambridge, MA.
- LICKONA, T. (1983). *Raising Good Children*, New York: Bantam Books.
- LICKONA, T. (1992). *Educating For Characte,*; New York: Bantam Books.
- LOPEZ, F. (1990). En Palacios, *op. cit.*, cap. 6.
- PALACIOS, J.; MARCHESI, A.; COLL, C. (1990). *Desarrollo Psicológico y Educación*, 1. Madrid: Alianza Editorial.
- PIAGET, J. (1971). *El Juicio Moral en el Niño*, Barcelona: Ed. Fontanella (edición original en francés, 1932).
- REINOSO y SERRAT (1992). *Familias uniparentales derivadas de la separación matrimonial*. En: *Psykhe* N° 1, pp. 101-111.
- ROGOFF, B. (1990). *Aprendices del Pensamiento*, Barcelona: Ed. Paidós.

VILLALON, M. (1987). Conducta y juicio moral: El proceso de interiorización de normas en la infancia. En: *Anuario de Psicología*, N° 36/37, pp. 109-125.

VILLALON, M. (en prensa). *Crisis Familiar y Desarrollo Emocional en la Primera Infancia*.